

INTRODUCCION

Los estudios siguientes son fruto de un seminario en la Universidad de Toronto en el otoño de 1971 bajo los auspicios del Departamento de literatura comparada. Debo expresar mi agradecimiento al profesor Cyrus Hamlin, mi anfitrión en Toronto. Estas investigaciones han seguido avanzando a base de cursos dados en diferentes universidades: Lovaina, París-X, en el marco de mi Seminario de investigaciones fenomenológicas y, por último, Chicago, en la cátedra de John Nuveen.

Cada uno de estos estudios desarrolla un punto de vista determinado y forma un tratado completo. Al mismo tiempo, cada estudio es el segmento de un único itinerario que comienza en la retórica clásica, atraviesa la semiótica y la semántica y termina en la hermenéutica. El paso de una disciplina a otra sigue el de las entidades lingüísticas correspondientes: la palabra, la frase y el discurso.

La retórica de la metáfora considera la *palabra* como unidad de referencia. Por ese hecho, la metáfora se clasifica entre las figuras de discurso que consta de una sola palabra y se define como tropo por semejanza; en cuanto figura, consiste en un desplazamiento y en una ampliación del sentido de las palabras; su explicación se basa en una teoría de la sustitución.

A este primer nivel corresponden los dos estudios iniciales.

El primero —«Entre retórica y poética»— está consagrado a Aristóteles. La definición aristotélica de la metáfora, que afectará a toda la historia posterior del pensamiento occidental, se basa en una semántica que toma la palabra o el nombre como unidad de base. Además, su análisis se sitúa en el cruce de dos disciplinas —la retórica y la poética— que tienen fines distintos: la «persuasión» en el discurso oral y la *mimêsis* de las acciones humanas en la poesía trágica. El sentido de semejante distinción queda sin resolverse hasta el séptimo estudio, en que se define la función heurística del discurso poético.

El segundo estudio —«El declive de la retórica»— está consagrado a las últimas obras de retórica en Europa, sobre todo en Francia. La base de discusión es el libro de Pierre Fontanier, *Les Figures du discours*. La demostración recae sobre dos puntos principales. En primer lugar, se quiere mostrar que la retórica culmina en la clasificación y la taxonomía, en la medida en que se concentra sobre las figuras de *desviación* —o tropos—, en las

que la significación de una palabra queda desplazada con respecto a su uso codificado. Por otra parte, se quiere señalar que, si bien la visión taxonómica funciona en una consideración estática de las figuras, fracasa cuando intenta explicar la producción de la significación, cuya desviación a nivel de la palabra es sólo un efecto de esa producción.

El punto de vista semántico y el retórico sólo comienzan a diferenciarse cuando la metáfora se sitúa de nuevo en el marco de la *frase* y se trata como un caso no de *denominación desviante*, sino de *predicación no pertinente*.

A este segundo nivel de consideración pertenecen los tres estudios siguientes:

El tercero —«La metáfora y la semántica del discurso»— representa el momento decisivo del análisis. Por consiguiente, podemos considerarlo como el estudio clave. Sitúa provisionalmente la teoría de la metáfora-enunciado y la de la metáfora-palabra en una relación de oposición irreductible. La alternativa viene preparada por la distinción, tomada de Emile Benveniste, entre una semántica, en que la frase es portadora de la mínima significación completa, y una semiótica para la que la palabra es un signo dentro del código lexical. Esta distinción entre semántica y semiótica se pone en paralelo con la oposición entre una teoría de la tensión y una teoría de la sustitución; la primera se aplica a la producción de la metáfora en el seno de la frase tomada como un todo; la segunda concierne al efecto de sentido a nivel de palabra aislada. En este contexto se discuten las importantes contribuciones de los autores de lengua inglesa I. A. Richards, Max Black y Monroe Beardsley. Por una parte, se intenta demostrar que los puntos de vista aparentemente inconexos representados por cada uno de ellos («filosofía de la retórica», «gramática lógica», «estética») pueden colocarse bajo el signo de la semántica de la frase introducida al comienzo del estudio. Por otra parte, se pretende delimitar el problema que estos autores dejan en suspenso: el de la creación de sentido, cuyo mejor exponente es la metáfora de invención. Los estudios sexto y séptimo arrancan de este problema de la innovación semántica.

Relacionados con las conclusiones del tercer estudio, el cuarto y el quinto pueden parecer un retroceso. Pero su objetivo esencial es integrar la semántica de la palabra, que podría parecer eliminada por el estudio anterior, en la semántica de la frase. En efecto, la definición de la metáfora como trasposición del nom-

bre no es errónea. De hecho permite identificarla y clasificarla entre los tropos. Pero, sobre todo, esta definición, transmitida por toda la retórica, no puede ser eliminada, porque la palabra sigue siendo portadora del efecto de sentido metafórico. A este respecto, es necesario recordar que es la palabra la que, en el discurso, asegura la función de identidad semántica: la metáfora altera precisamente esta identidad. Es importante, pues, mostrar cómo la metáfora, producida a nivel del enunciado tomado como un todo, se «focaliza» sobre la palabra.

En el estudio cuarto —«La metáfora y la semántica de la palabra»—, la discusión se limita a los trabajos que siguen la línea de la lingüística saussuriana, en particular los de Stephen Ullmann. Nos detenemos en el umbral del estructuralismo propiamente dicho; con ello queremos demostrar que una lingüística que no distingue entre una semántica de la palabra y una semántica de la frase debe limitarse a asignar los fenómenos de cambio de sentido a la historia de los usos lingüísticos.

El estudio quinto —«La metáfora y la nueva retórica»— continúa la discusión dentro del marco del estructuralismo francés. Este merece un análisis diferente, a causa de la «nueva retórica» que ha surgido de él y que extiende a las figuras del discurso las reglas de segmentación, identificación y combinación ya aplicadas con éxito a las entidades fonológicas y lexicales. La discusión empieza con un examen detallado de las nociones de «desviación» y de «grado retórico cero», una comparación de las nociones de «figura» y de «desviación», y finalmente un análisis del concepto de «reducción de desviación». Esta larga preparación sirve de introducción al examen de la nueva retórica propiamente dicha; se considera con la mayor atención su esfuerzo por reconstruir sistemáticamente el conjunto de las figuras sobre la base de las operaciones que rigen los átomos de sentido de nivel infralingüístico. La demostración tiende fundamentalmente a establecer que la innegable finura de la nueva retórica se agota enteramente en un marco teórico que desconoce la especificidad de la metáfora-enunciado y se limita a confirmar la primacía de la metáfora-palabra. Mi intención consiste en demostrar que la nueva retórica remite, desde el interior de sus propios límites, a una teoría de la metáfora-enunciado que ella es incapaz de elaborar sobre la base de su sistema de pensamiento.

El estudio sexto —«El trabajo de la semejanza»— asegura la transición entre el nivel semántico y el hermenéutico, recogiendo el problema de la innovación semántica, es decir, la crea-

ción de una nueva pertinencia semántica, que quedó en suspenso al final del tercer estudio. Para resolver este problema hay que abordar de nuevo la noción de semejanza.

Es necesario comenzar refutando la tesis, mantenida aún por Roman Jakobson, de que la suerte de la semejanza está indisolublemente unida a la de una teoría de la sustitución. Nos esforzamos por demostrar que el juego de la semejanza no es menos necesario en una teoría de la tensión. En efecto, la innovación semántica por la que se percibe una «proximidad» inédita entre dos ideas, a pesar de su «distancia» lógica, debe relacionarse con el trabajo de la semejanza. «Metaforizar bien, decía Aristóteles, es percibir lo semejante.» Así, la propia semejanza debe entenderse como una tensión entre la identidad y la diferencia en la operación predicativa desencadenada por la innovación semántica. Este análisis del trabajo de la semejanza entraña a su vez la reinterpretación de las nociones de «imaginación productiva» y de «función icónica». Es necesario, en efecto, dejar de ver en la imaginación una función de la imagen, en un sentido prácticamente sensorial de la palabra; consiste más bien en «ver como...», para emplear una expresión de Wittgenstein; y este poder es un aspecto de la operación propiamente semántica que consiste en percibir lo semejante dentro de lo desemejante.

La transición al punto de vista *hermenéutico* corresponde al cambio de nivel que conduce de la frase al discurso propiamente dicho (poema, relato, ensayo, etc.). Surge una nueva problemática relacionada con este nuevo punto de vista: no concierne a la *forma* de la metáfora en cuanto figura del discurso focalizada sobre la palabra; ni siquiera sólo al *sentido* de la metáfora en cuanto instauración de una nueva pertinencia semántica, sino a la *referencia* del enunciado metafórico en cuanto poder de «re-describir» la realidad. Esta transición de la semántica a la hermenéutica encuentra su justificación fundamental en la conexión que existe en todo discurso entre el sentido, que es su organización interna, y la referencia, que es su poder de relacionarse con una realidad exterior al lenguaje. La metáfora se presenta entonces como una estrategia de discurso que, al preservar y desarrollar el poder creativo del lenguaje, preserva y desarrolla el poder *heurístico* desplegado por la *ficción*.

Pero la posibilidad de que el discurso metafórico diga algo sobre la realidad choca contra la constitución aparente del discurso poético, que parece esencialmente no referencial y centrado en sí mismo. A esta concepción no referencial del discurso poéti-

co, oponemos la idea de que la suspensión de la referencia lateral es la condición para que sea liberado un poder de referencia de segundo grado, la referencia poética. Por tanto, no hay que hablar sólo de doble sentido, sino de «referencia desdoblada», según una expresión tomada de Jakobson.

Respaldamos esta teoría de la referencia metafórica en una teoría generalizada de la denotación próxima a la de Nelson Goodman en *Languages of Art*, y justificamos el concepto de «redescripción por la ficción» mediante la afinidad establecida por Max Black en *Models and Metaphors*, entre el funcionamiento de la metáfora en las artes y el de los modelos en las ciencias. Esta afinidad en el plano heurístico constituye el principal argumento de esta hermenéutica de la metáfora.

De este modo, la obra llega a su tema más importante: la metáfora es el proceso retórico por el que el discurso libera el poder que tienen ciertas ficciones de redescribir la realidad. Al unir así ficción y redescripción, restituimos su plenitud de sentido al descubrimiento de Aristóteles en la *Poética*: la *poiêsis* del lenguaje procede de la conexión entre *mythos* y *mimêsis*.

De esta conjunción entre ficción y redescripción concluimos que el «lugar» de la metáfora, su lugar más íntimo y último, no es ni el nombre ni la frase ni siquiera el discurso, sino la cópula del verbo ser. El «es» metafórico significa a la vez «no es» y «es como». Si esto es así, podemos hablar con toda razón de verdad metafórica, pero en un sentido igualmente «tensional» de la palabra «verdad».

Esta incursión en la problemática de la realidad y de la verdad requiere que se explicité la filosofía que implica la teoría de la referencia metafórica. A esta exigencia responde el octavo y último estudio: «La metáfora y el discurso filosófico».

Este estudio es fundamentalmente una defensa de la pluralidad de los modos de discurso y de la independencia del discurso filosófico en relación con las proposiciones de sentido y de referencia del discurso poético. Ninguna filosofía procede directamente de la poética: esto se demuestra en el caso, aparentemente más desfavorable, de la analogía aristotélica y medieval. Ninguna filosofía procede tampoco de la poética por vía indirecta, incluso bajo el ropaje de la metáfora «muerta» en la que podría terminar la colisión denunciada por Heidegger entre meta-físico y meta-fórico. El discurso que intenta recuperar la ontología implícita al enunciado metafórico es otro discurso. En este sentido, *fundar* lo que se ha llamado verdad metafórica es también *limi-*

tar el discurso poético. De esta manera, este último queda justificado en el interior de su circunscripción.

Este es el resumen de la obra. No pretende reemplazar la retórica por la semántica ni ésta por la hermenéutica ni refutar una por otra; quiere legitimar cada punto de vista dentro de los límites de la disciplina que le corresponde y fundar la concatenación sistemática de los puntos de vista sobre la progresión de la palabra a la frase y de ésta al discurso.

El libro es relativamente largo porque se toma el trabajo de examinar las metodologías propias de cada punto de vista, explicitar los análisis a que da lugar cada uno y relacionar siempre los límites de una teoría con los del punto de vista correspondiente. A este respecto, se verá que la obra sólo elabora y critica las teorías que llevan un punto de vista a su más alto grado de expresión y contribuyen a la progresión del tema de conjunto. No se encontrarán, pues, aquí refutaciones sonoras; a lo más, la demostración del carácter unilateral de las doctrinas que se consideran exclusivas. En cuanto a su origen, algunas de estas doctrinas decisivas se toman de la literatura inglesa; otras de la francesa. Esta actitud expresa el doble vasallaje de mi investigación y de mi enseñanza de estos últimos años. Espero así contribuir a reducir la ignorancia que aún existe entre los especialistas de estos dos mundos lingüísticos y culturales. Confío poder enmendar la aparente injusticia cometida con los autores de lengua alemana en otro libro que tengo en preparación, que aborda el estudio del problema hermenéutico en toda su extensión.